

---

## TROTSKY Y LA VIDA POLÍTICA MEXICANA 1937-1940\*

Olivia Gall

En la mañana del 9 de enero de 1937 en el puerto de Tampico, *El Hidalgo o Tren Olivo*, el tren presidencial, el alegre y colorido traje típico de Frida y el cálido trópico del golfo dieron la bienvenida a Trotsky y a Natalia, procedentes del nublado y frío invierno europeo.

Un invierno europeo no sólo climático, sino también político, ya para entonces fuertemente marcado por las premisas del conflicto bélico mundial que habría de estallar poco después. Y un invierno que, para los Trotsky, había empezado en 1924 con la muerte de Lenin.

Doce largos años de derrota política dentro del aparato partidario de la URSS; doce años de un exilio accidentado y penoso que, a partir de agosto de 1936, se había convertido en un túnel cuya sola salida —de no haberles acordado México el único asilo en el planeta— habría sido sin duda la extradición y la condena a ejecución por los siniestros tribunales de los Procesos de Moscú.

En lugar de esto, Lázaro Cárdenas, presidente de México y general dentro de las filas de la Revolución mexicana, acogió calurosamente al general en jefe de la gran Revolución rusa, sobre la base del siguiente principio político:

La política de México, lo mismo en lo que se refiere a sus relaciones internacionales como en lo que atañe al tratamiento que otorga a los ciudadanos o

---

\* Ponencia presentada en el evento: Trotsky:cincuentenario de su muerte realizado del 20 al 24 de agosto de 1990 en la inauguración del Museo León Trotsky, inauguración del Instituto del Derecho de Asilo y de las libertades Públicas, México D.F.

súbditos de los demás países, no sólo se ciñe a las normas establecidas universalmente, sino que representa, a lo largo de nuestra historia, un esfuerzo permanente por lograr la evolución del Derecho en un recto sentido de justicia para las naciones y de liberalidad para los hombres, cualquiera que sea la procedencia o el origen de éstos. Leal a esa conducta, México se siente ahora en el deber de reivindicar con su actitud una de las conquistas de mayor contenido humano que había logrado ya el Derecho de gentes, la prerrogativa de asilo para los exiliados por causas políticas.

El asilo naturalmente no supone en ningún caso afinidad de pensamiento, de propósitos o de tendencias entre el país que lo concede y el sujeto que se beneficia de él.

[...] Y en todo caso, nada justifica que un país fuerte y perfectamente definido por instituciones propias, por objetivos sociales y económicos auténticamente nacionales y en franco proceso de realización, y por una política internacional congruente con sus limpias tradiciones abrigue temores por la presencia de un hombre, cualquiera que sea su valimiento personal o su doctrina política [...]

[...] no se descubren concretamente los riesgos que pueda correr la tranquilidad pública por la estancia en México del señor Trotsky, pues si éste acata nuestras leyes y no toma injerencia alguna en el juego de la vida social y política del pueblo mexicano —como corresponde a la condición de todo emigrado político— el hecho de que se entregue a sus labores intelectuales no puede alterar en lo mínimo la situación de un país como el nuestro[...].<sup>1</sup>

El presidente mexicano había adoptado esta importante y difícil decisión rápida y contundentemente a fines de noviembre de 1936. La había hecho oficial el 7 de diciembre. Con ella, primero hizo girar en 180 grados los planes que Stalin le tenía reservados a quien el dictador soviético más temía entre sus opositores de izquierda; segundo, llevó a cabo el primero de los actos políticos —apoyo a la República Española, expropiación y nacionalización petrolera— que harían de su régimen el que el propio Trotsky calificaría como “el gobierno más valiente y honesto de la época”;<sup>2</sup> y, tercero, con absoluta responsabilidad y pleno conocimiento de causa, desató a nivel nacional el conflicto político que se hubiera producido en casi cualquier país que le hubiese otorgado a León Trotsky la hospitalidad.

<sup>1</sup> “Expediente Trotsky”, Fondo Lázaro Cárdenas del Río, Sección Presidentes, Archivo General de la Nación; expedientes núms. 546-677 y 705-173.

<sup>2</sup> León Trotsky: “Autour de P’enquête (Carta a Alfred Rosmer), 12 de junio de 1938, Ouvres de Trostky, tomo 18, Institut Léon Trotsky, Grenoble, Francia, p. 73.

En México este conflicto, que nació como una fuerte polémica entre los principales sectores políticos en torno al derecho de asilo, a la figura de Trotsky y a lo que su presencia en el país podía provocar, se convirtió en una verdadera guerra —muy desigual por cierto— entre marxismos, que acabaría con el asesinato de Trotsky.

De este conflicto, de esta polémica y de esta guerra tratará el siguiente trabajo.

Lo dividiré de la siguiente manera:

1. Las reacciones de Trotsky y de sus partidarios en el mundo frente a la concesión del visado mexicano
2. Los amigos
3. Los adversarios
4. Trotsky opina sobre México
5. México ante el asesinato

### **Las reacciones de Trotsky y de sus partidarios en el mundo frente a la concesión del visado mexicano**

El 23 de noviembre de 1936, cuando el visado no era aún sino una posibilidad, Max Shachtman, miembro de la dirección de la agrupación trotskista estadounidense, sin saber que Cárdenas había dicho “sí”, le escribía a León Sedov —también llamado Sedov o Liova—, el hijo mayor y mano derecha de Trotsky, que vivía en París. En su carta le confirmaba que, para ellos, México no era sino una salida desesperada, pero no deseada: “De México ni hablemos, decía, porque [...] allá se puede contratar a un asesino por medio dólar”.<sup>3</sup>

Sedov, por su parte, al saber que México aceptaba asilar a su padre, expresaba:

[...] esa solución no me parece en lo más mínimo satisfactoria [...] no es en absoluto mejor que Barcelona [para entonces, recordémoslo, ya en plena guerra civil], en donde cualquiera puede estar seguro de que lo dejarán entrar, pero [...] también [...] de que no permanecerá mucho tiempo con vida.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> “*Sedov's Papers*”, núm. 231, Box 20, Hoover Institution Archives, Stanford, California.

<sup>4</sup> *Ibid.*

Desconociendo los pormenores de estas cartas, Trotsky, en la soledad del océano Atlántico, a bordo de la pequeña embarcación noruega que lo conducía a su nuevo asilo, escribía:

Estoy leyendo ávidamente algunos textos sobre México. Nuestro planeta es tan pequeño, y sin embargo sabemos tan poco de él. Me he pasado así estos primeros ocho días, trabajando intensamente y especulando sobre este misterioso México.<sup>5</sup>

## Los amigos

En el descubrimiento de este “misterioso México” un grupo no muy numeroso de amigos, entre colaboradores, anfitriones, correligionarios y simpatizantes, lo ayudaría de distintas formas.

En relación con Trotsky y a pesar de todo lo que su estancia en México significó, el presidente Cárdenas, desde el envío de su *Tren Olivo* a Tampico hasta su indignada y vehemente protesta por el asesinato, nunca traicionaría la tan peculiar y bonita fórmula mexicana de bienvenida: “está usted en su casa”. En este sentido, de una manera discreta, sin muchas palabras ni fanfarrias, Lázaro Cárdenas se portó como el mejor de los amigos de Trotsky en México.

Como buen político paciente, calculador y prudente que era, Cárdenas entendió desde el principio que no debía entrar en contacto de manera personal con su invitado, pero siempre estuvo pendiente de su bienestar y de su libertad de expresión: no le prohibió conceder a la prensa entrevistas múltiples acerca de diversos problemas internacionales y utilizarla para defenderse de los ataques de que fue objeto a lo largo de su estancia; no coartó su libertad de movimiento y de residencia; autorizó y le dio todas las facilidades a la Comisión Dewey para venir a México a proceder al interrogatorio de Trotsky, que formaría la base principal del juicio posterior y del veredicto de dicha comisión acerca de la culpabilidad del antiguo exjefe del Ejército Rojo en los crímenes de los que había sido acusado por los Procesos de Moscú; una autorización que no hacía sino confirmar la amplitud y lo avanzado de la

---

<sup>5</sup> León Trotsky, *Writings, 1936-1937*, Pathfinder Press, Nueva York, 1979, p.37.

concepción del derecho de asilo del presidente mexicano y del carácter altamente excepcional de su régimen, en el contexto político internacional de los años treinta. Si a alguien no se le escapó esto, además del propio Trotsky, fue a John Dewey, quien el 10 de abril de 1937, en la “Casa Azul” de Frida y Diego, inauguró “el contraproceso”<sup>5</sup> con las siguientes palabras”

El hecho de que estas sesiones, en las que un extranjero va a defenderse frente a otros extranjeros, tengan lugar en tierras mexicanas, representa un honor para México y un reproche para aquellos países cuyo sistema político o cuya política en sí misma impide la realización de nuestra reunión en su territorio.<sup>6</sup>

En múltiples ocasiones, frente a las acusaciones que pretendían que Trotsky estaba aliado a la derecha para derrocar a su régimen o que Trotsky era un agente de la Gestapo, Cárdenas le reiteró, incluso por escrito, la inamovilidad de su posición frente a su asilo, mientras Trotsky siguiera respetando, como lo hacía, su promesa de no intervención en la política nacional.<sup>7</sup>

Pero incluso en este último punto Cárdenas fue tolerante. Por ejemplo, no puso traba alguna a la creación, en octubre de 1938, de la revista *Clave* que Trotsky y un pequeño grupo de intelectuales simpatizantes —Rivera entre ellos— crearon, y en la que México habría de ser uno de los temas importantes. A pesar de saber sin duda que dicha revista constituiría un instrumento político de Trotsky y que, en sus páginas, algunos artículos sin firma o firmados bajo una inicial o bajo otro nombre, eran en realidad de Trotsky, la dejó circular. Hay que decir que Cárdenas no tenía realmente de qué alarmarse: no sólo porque la revista gozó de muy corta vida sino porque su tiraje alcanzó solamente alrededor de unos 250 ejemplares.

Tras la mudanza de Trotsky a la calle de Viena, Cárdenas colocó un puesto policiaco de guardia a la puerta de su casa; además, después del atentado, el

\* El filósofo y educador estadounidense John Dewey fue elegido en 1937 como presidente de la comisión internacional que había decidido crearse para juzgar a Trotsky y decidir acerca de su culpabilidad o inocencia frente a las acusaciones que los dos primeros procesos de Moscú habían levantado contra él. Parte de este juicio se llevó a cabo en México y se conoce como “el contraproceso”. Ver Olivia Gall. “Trotsky en México: su autodefensa”. Suplemento Político de *El Nacional*, 23 de agosto de 1990.

<sup>6</sup> *The Case of Leon Trotsky, Report of Hearings on the Charges Made Against Him in the Moscow Trials by the Preliminary Commission of Inquiry*, Merit Publishers, Nueva York, 1969, p.1.

<sup>7</sup> Lázaro Cárdenas, *Epistolario*, tomo I, Siglo XXI, México 1975, pp.311-12.

mandatario mexicano puso al servicio de la investigación puesta en marcha para esclarecer el hecho, a sus mejores elementos dentro de la policía capitalina, y personalmente intervino para que fuesen liberados dos secretarios de Trotsky injustamente detenidos en relación con estos hechos.

Por último, poco tiempo después del asesinato de Trotsky, Cárdenas pronunció un discurso contundente en el que acusó al PCM de “traición a la patria” por haberse prestado a servir a un país extranjero en contra de la vida de un distinguido huésped de México.

No menos firme fue el apoyo que el general Francisco Múgica le dio tanto a Cárdenas en su posición frente a Trotsky como a este último a lo largo de su estancia de tres años y medio en nuestro país.

Mencionemos sólo algunos puntos importantes de la relación Trotsky-Múgica. Primero, fue con una carta de presentación de Múgica en la mano como la delegación que le solicitara el asilo de Trotsky en México se presentó ante Cárdenas.

Segundo, a diferencia de Cárdenas, Múgica sí se entrevistó personalmente con Trotsky por lo menos en una ocasión sin importarle las consecuencias que ello podría acarrearle y que en efecto le acarreó en su carrera política.

Tercero, la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas (SCOP) era —según varios testimonios—, “casa abierta” para los colaboradores de Trotsky a quienes Múgica atendía y trataba de ayudar, sirviendo de alguna forma como enlace entre Coyoacán y Palacio Nacional.

Cuarto, un punto muy importante que, hasta hoy, no ha podido ser comprobado con información de tipo documental: de acuerdo a dos testimonios, el general Múgica le habría solicitado a Trotsky su opinión acerca del decreto de expropiación petrolera, que fue redactado precisamente por Múgica durante los ocho días previos al 18 de marzo de 1938.

De acuerdo con el testimonio de Octavio Fernández, entonces secretario de la Liga Comunista Internacionalista (LCI), la organización trotskista mexicana, en esos días el general Múgica se dirigió personalmente a la casa de Trotsky, donde los dos hombres se encerraron a hablar a solas durante un

par de horas, tras la orden expresa de Trotsky de que por ningún motivo fueran interrumpidos. De acuerdo, por otra parte, con el testimonio del recientemente desaparecido Jean van Heijenoort, el más cercano de los secretarios de Trotsky, poco antes del 10 de marzo de 1938, Trotsky le habría entregado a Van Heijenoort un texto de su puño y letra, escrito en francés, en el que trataba algunos aspectos del problema de la expropiación. Le pidió que mantuviera dicho documento en absoluto secreto, que lo tradujera al español, que dejara en blanco las palabras con las que se hacía inconfundiblemente alusión a este tema específico, y que fuera a la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas a entregárselo personalmente a Múgica, y a nadie más.

Desde mi punto de vista dada la gravedad del asunto en cuestión, no parece posible que el general Múgica, haya corrido el gran riesgo que implicaba, tanto para el gobierno mexicano como para su huésped ruso, visitar en esos días a Trotsky, y menos en su domicilio particular. En todo caso, la versión de Van Heijenoort acerca de este hecho me parece mucho más plausible. Sin embargo, nunca pude encontrar estas cuantas páginas en el Archivo de Múgica; cosa que demuestra o que nunca existieron o que, dada la gravedad el propio Múgica las destruyó o escondió después de leerlas.

Quinto, en 1939, al ser postulados Múgica y Ávila Camacho como precandidatos del PRM a la presidencia, la revista *Clave* planteó su postura frente a las elecciones diciendo: no apoyamos a ninguno de los candidatos enfrascados en la contienda electoral, pues ninguno tiene un "programa obrero"; tal declaración incluía obviamente a Múgica. A pesar de esto, uno de los puntos esgrimidos por la oposición comunista, lombardista y perremista a la candidatura del exgobernador de Michoacán como impedimento mayor para que éste llegara a la presidencia fue su supuesta filiación trotskista.

Finalmente, una vez derrotado Múgica en la carrera electoral, le envió a Trotsky el siguiente mensaje vía Francisco Zendejas, uno de los colaboradores de este último: "Dígale a don León, que cuando estalle [sic] la revolución permanente estaré a sus órdenes".<sup>8</sup>

Obviamente que ni el general Cárdenas, ni el general Múgica, ambos pertenecientes a la corriente comúnmente llamada "jacobina" de la Revolución

<sup>8</sup> Entrevista Pierre Broué- Francisco Zendejas, 1979.

mexicana, eran trotskistas o simpatizantes siquiera del pensamiento de Trotsky. Su huésped ruso obviamente tampoco era cardenista.

No fue la concordancia de ideas lo que convirtió a estos tres grandes hombres en amigos. Por ejemplo, no fue ella la que llevó a Múgica a solicitar el punto de vista de Trotsky acerca de la expropiación. Tanto Cárdenas como Múgica tenían perfectamente claro, desde hacía algunos años atrás, la necesidad y el objetivo de dicha medida. Si acaso realmente consultaron su opinión acerca de esto fue porque Trotsky había sido un importantísimo miembro de un joven gobierno revolucionario y socialista: no había por qué desdeñar lo sin duda valioso de su experiencia.

Fue entonces la fidelidad a los respectivos principios y el respeto a la diferencia lo que hizo la "amistad". De ahí su valía.

Los demás amigos de Trotsky en tierras mexicanas, aquéllos con los que sí convivió, aquellos que lo seguían como un líder ideológico y político no fueron muchos: un puñado de intelectuales no muy conocidos entre los que se encontraban Francisco Zamora, un nicaragüense nacionalizado mexicano en los primeros años del siglo XX, quien había sido uno de los fundadores de *El Universal*, y era maestro en la Escuela Nacional de Economía y que, sin ser militante, simpatizaba con las posiciones trotskistas; su joven hermano Adolfo, abogado de profesión y, junto con su esposa, muy allegado a los Trotsky; Rodrigo García Treviño, un librero de la calle de Donceles y maestro de la Escuela Nacional de Economía, quien no obstante haber sido miembro del primer comité ejecutivo de la CTM y colaborador de *Futuro*, la revista de dicha confederación, siempre se había negado a ser vocero o signatario de las posiciones antitrotskistas y, al llegar Trotsky a México, se había adherido a sus posiciones y le había prestado no pocos servicios de importancia; Francisco Zendejas, un periodista y mencionado líneas arriba y, finalmente, José Ferrel, un amigo de Adolfo Zamora, traductor literario del francés y del inglés al español, sobre todo de autores franceses como Artaud, Gide, Cocteau, Racine;<sup>9</sup> su colaboración con Trotsky se redujo a la revista *Clave* y al intento

---

<sup>9</sup> Los datos de José Ferrel, Francisco y Adolfo Zamora, Rodrigo García Treviño y Francisco Zendejas, provienen de las respectivas entrevistas a Olivia Gall y de Pierre Broué con los Zamora, de la conversación telefónica de Olivia Gall con la Sra. Josefina Vicens y de la entrevista de Olivia Gall con Rodrigo García Treviño y con Francisco Zendejas.

de colaborar en la creación de una organización artística cuyo documento de fundación fue redactado conjuntamente por Trotsky y André Bretón cuando este último vino a México en 1938: la Federación Internacional de Artistas Revolucionarios Independientes (FIARI) que, si en México no tuvo casi ningún eco, en Francia sí lo tuvo gracias a la adhesión de los surrealistas al proyecto.<sup>10</sup>

Entre sus más fieles amigos estaban también, acompañando a Trotsky y a Natalia a veces hasta en los más domésticos problemas de su vida cotidiana, los militantes de aquella minoritaria fracción de la de por sí pequeña Liga Comunista Internacional (LCI) que no rompió con Trotsky a su llegada a México.

Nacida de la oposición de izquierda en el seno del PCM en 1928, para 1937 la LCI tenía un total de apenas 60 miembros y, entre ellos, había innumerables problemas de tipo fundamentalmente personal, pero con eco en lo político.

La llegada de Trotsky a su país no sólo no fortaleció a la Liga, sino que la quebró; desde mi punto de vista por una razón: su inmadurez, su infantilismo, sus luchas internas y las más de las veces absurdas pugnas por el poder no le permitieron digerir el significado de la presencia física de su jefe (o, debiera uno decir más bien, ¿de su Dios?), que fue demasiado para muchos de sus militantes, cuya formación y práctica política daban mucho que desear. Esto hizo que un ala mayoritaria de sus miembros, conducida por Luciano Galicia quien aún vive y milita en las filas del Sindicato Mexicano de Electricistas rompiera abiertamente con Trotsky a mediados de 1937, cuando éste no quiso secundarlos en su llamado a la “acción directa, al sabotaje y boicot al gobierno de Cárdenas”, al que hacían responsable de la carestía. Así se explica la acusación a Trotsky de “traicionar sus propios principios políticos y su necesario radicalismo en aras de la defensa de su asilo político”. Dicha ruptura nunca cicatrizó en vida de Trotsky; la LCI no logró recomponerse; y tantos llegaron a ser los problemas y tanta la incompreensión, la sorpresa y la indignación de Trotsky frente a los impuntuales, aleatorios y temperamentales ritmos de la militancia de sus seguidores mexicanos que se escindió públicamente de ellos y hasta solicitó a sus suspensión de ellos de la IV Internacional por unos meses.

<sup>10</sup> Olivia Gall, *Trotsky en México*, en prensa en la editorial ERA, México; en el manuscrito, p. 288.

Sin embargo, dos importantes miembros de la dirección de la Liga, Octavio Fernández y Diego Rivera, se mantuvieron al lado de Trotsky, y tras ellos algunos militantes, de la base. Otros contados militantes como Félix Ibarra intentarían siempre, sin éxito, mediar en el conflicto.

Aquellos trotskistas mexicanos que permanecieron al lado de su líder lo asistían en todo: eran guardias; secretarios (le llevaban, por ejemplo, los recortes de la prensa); informantes de la situación nacional, de sus actividades sindicales y del clima que entre los trabajadores se respiraba con respecto a su asilo; eran albañiles, electricistas, plomeros; recordemos por ejemplo entre ellos, a Melquiades Benítez. A ellos les tocaba escoger a la persona que serviría como cocinera en la casa de Trotsky y, con el temor de que alguien quisiera envenenarlo, escogían siempre a alguna familiar o muy allegada. Natalia los cuidaba, los incitaba a dormir más, a comer mejor, a cuidar su salud y les servía el té a las cinco de la tarde. Con ellos Trotsky empezó a hablar el español; llegó incluso a asistir a alguna fiesta o reunión a la que ellos lo invitaban, especialmente en casa de la familia de Octavio Fernández, sin duda alguna la familia mexicana con quien más convivió. Tanto los apreciaba Trotsky a los Fernández que, al enterarse del estallido de la Segunda Guerra Mundial, casi sin pensarlo cruzó en coche con Natalia toda la ciudad, hasta llegar a la casa de éstos en Tacuba para compartir con amigos el momento en que escucharon juntos por radio la trágica noticia. Para Trotsky era aun más trágica, porque estaba convencido de que, de haberse mantenido la línea leninista revolucionaria en la URSS, la revolución se habría extendido por lo menos hacia Alemania y la guerra se habría evitado.<sup>11</sup>

Si estos militantes, maestros de escuela o trabajadores de la construcción introdujeron a Trotsky a un tipo de México, realmente de quienes el exiliado ruso y su sensible, culta, fuerte y discreta esposa más abrevaron en el conocimiento de este país fue de una fuente tan mexicana como atípica: la pareja Diego Rivera-Frida Kalló. Diego y Frida acogieron a los Trotsky con

---

<sup>11</sup> Los datos acerca de la LCI provienen de las *Oeuvres*, las obras completas de Trotsky, editadas en más de 20 tomos por el Institut Léon Trotsky, Grenoble, Francia, en los años ochentas, y de las entrevistas de Olivia Gall con Octavio Fernández, Félix Ibarra, Luciano Galicia y Charles Curtiss —representante entre 1938 y 1939 del Biro Panamericano de la IV Internacional, y enviado a México para intentar mediar en el conflicto interno de la LCI y del ala mayoritaria de ésta con Trotsky— y los desaparecidos Manuel Rodríguez y Jean van Heijenoort, .

los brazos abiertos y los albergaron generosamente en su casa de Coyoacán durante más de dos años.

Ingresar en el México de los años treinta a través de los ojos de los Rivera-Kahlo debió haber sido, sin duda, sumamente interesante. Trotsky, además, sentía tanta admiración por Diego como artista y tanto orgullo por tenerlo entre sus filas, como Diego sentía admiración por Trotsky y orgullo por tenerlo como huésped en su casa. La relación entre las dos parejas fue estrecha, cercana, cordial. Es cierto que entre Trotsky y Frida hubo un flirteo de corta duración que hoy día muchos elementos parecen confirmar, entre ellos, las cartas inéditas de Trotsky a Frida que el historiador Javier Guzmán descubrió recientemente. Pero este episodio, que debe haber sido producto —como dice el mismo Javier Guzmán— de una transitoria “obnubilación” mutua, no es lo determinante en la historia de esta relación amistosa, cuya parte medular la desarrollaron realmente Trotsky y Diego.

Diego había empezado a simpatizar con la oposición de izquierda en 1929, tras un breve viaje a la URSS que “le abrió los ojos”, poco antes de su expulsión del Partido Comunista Mexicano (PCM). Durante su estancia en Estados Unidos en 1933, se había acercado a los trotskistas estadounidenses y en 1934 había empezado a militar en las filas de la LCI. Dentro de ella era una figura demasiado poderosa, carismática y, por lo tanto, creadora de múltiples conflictos. Parafraseando la metáfora que Carlos Monsiváis sugiriera un día acerca de Trotsky en México, Diego en la LCI era “como un hipopótamo en Chapultepec”

Diego fue amigo, protector, mecenas, guía turístico, compañero intelectual, colaborador y “seudónimo” de Trotsky —quien a veces escribía bajo el nombre de Rivera en *Clave*—. Sin duda fue el amigo más íntimo que el dirigente ruso tuvo en México. Sin embargo, en el otoño de 1938, Diego se alejó tanto de *Clave* y de la IV Internacional como del propio Trotsky.

Las razones aparentes que provocaron dicho alejamiento y la posterior ruptura no los justificaban: Diego pareció magnificar un hecho sin importancia; se trataba de la forma en la que los organizadores del congreso fundador de la IV Internacional (septiembre de 1938) redactaron el párrafo correspondiente a su persona dentro de la resolución concerniente a la LCI. En dicha resolución se asentaba “que el pintor no pertenecería a la sección mexicana,

sino que trabajaría bajo control internacional” durante el periodo de un año en el que la LCI quedaba suspendida de la Internacional; con estas palabras los redactores de dicha resolución creyeron interpretar correctamente un deseo de Trotsky, sugerido tras consultarlo con el pintor, es decir, que ya que Rivera definitivamente no era apto para ocupar puestos administrativos, debía autorizársele el poder gozar de un privilegio, de una protección contra las labores cotidianas y contra los riesgos de las luchas fraccionales.<sup>12</sup>

Diego se declaró “profundamente humillado” y, a partir de ahí, el camino hacia la ruptura fue sin retorno, por más esfuerzos que Trotsky hizo por evitarla.

En marzo de 1939 Trotsky y Natalia abandonaron la “Casa Azul” y se mudaron a la casa de Coyoacán. Diego no dejó de dar bandazos políticos en esos años de 1939-40, lanzándose primero como candidato presidencial del Partido Revolucionario Obrero y Campesino, el PROC, apoyando luego por un lapso breve a Múgica y, finalmente, alineándose también por poco tiempo con Almazán. Sin embargo, Diego no dejó de respetar a Trotsky. En una entrevista que le concedió al *New York Times*, el 15 de abril de 1939, concluía:

Trotsky trabaja sin descanso para contribuir incesantemente, con su esfuerzo mental, a la lenta y difícil tarea de la preparación para la liberación de los trabajadores.

Los bandazos de Diego tuvieron consecuencias políticas serias. Su apoyo a Múgica reforzó los ataques stalinistas y derechistas a este último por su supuesta “filiación trotskista”, y su apoyo a Almazán reforzó la calumnia stalinista de que Trotsky era un aliado de la derecha mexicana. Sin embargo, Trotsky conocía bien a Rivera, y aunque muy desconcertado y dolido por la abrupta e irreflexiva ruptura, nunca se hizo eco de absurdas acusaciones como la que pretendía que Diego fuera el autor del atentado del 25 de mayo de 1940 contra la vida de Trotsky, atentado que —se sabría pronto— había sido dirigido por David Alfaro Siqueiros.

---

<sup>12</sup> Los datos acerca de la relación Rivera-Trotsky fueron extraídos de numerosas fuentes, entre las cuales las principales fueron sin duda el Archivo de Charles Curtiss, hoy ubicado en la Hoover Institution, Stanford, California, y las *Oeuvres* de Trotsky, publicadas por el Institut Léon Trotsky de París.

A pesar de que en el mes de diciembre de 1936 dos de sus voceros —don Nemesio García Naranjo en la revista *Todo* y la Confederación de la Clase Media (CCM)—,<sup>14</sup> saludaron la concepción del derecho de asilo que Cárdenas mostraba al acoger a Trotsky; respecto a la estancia de este último en el país, las opiniones de casi todas estas agrupaciones se fueron agrupando en una sola: “Trotsky le está creando demasiados problemas al país: expulsémoslo”.

Es interesante apuntar que, de ideología<sup>15</sup> no precisamente nazista sino más bien hispanizante, estas agrupaciones eran tan profundamente católicas como antisemíticas.

El hecho de que Trotsky fuera de origen judío agravaba los temores de la derecha frente a su permanencia en territorio mexicano. De hecho, la CCM le dirigió una carta abierta, conformada por 16 preguntas, cuya conclusión rezaba:

Nosotros contestaremos por usted [sic] a todas estas preguntas y con ejemplos vividos y documentos históricos demostraremos que el movimiento comunista no es sino un movimiento judío que ha sido un dedo encontrado para saciar los odios semíticos (SIC) contra los “boxy” o “perros cristianos” como nos llaman, prostituyendo y comprando las conciencias de los hombres más abyectos, más crueles y con almas de judíos.<sup>16</sup>

Más poderosa que la ofensiva de la débil derecha mexicana, lo fue la de la agresiva derecha estadounidense, profundamente preocupada no sólo por la excesiva cercanía a su país del connotado bolchevique, sino por su recibimiento por parte de un gobierno ya de por sí considerado demasiado “bolchevique” para su gusto.

Su prensa fue particularmente agresiva, sobre todo la cadena Hearst, quien trató el caso con todos los desbordamientos verbales con los que acos-

---

<sup>14</sup> Nemesio García Naranjo, “Bienvenido Sr. Trotsky”; Revista *Todo*, 15 de diciembre de 1936 y “Trotsky podrá venir a vivir a México. Pidió ya permiso” *El Universal*, 18 de diciembre de 1936.

<sup>15</sup> Ver capítulo VII, “La derecha y Trotsky” de Olivia Gall, *op.cit.*; y Ricardo Pérez Montfort “La derecha mexicana y Trotsky”, ponencia inédita presentada en el Coloquio “Trotsky, revelador político del México de Cárdenas; FCPyS, UNAM, Mayo de 1987.

<sup>16</sup> Ver “..... a la Confederación de la clase media, al Sr. León Trotsky [sic] Ex dirigente de los destinos de la U.R.S.S.” *El Ariete*, órgano de las Juventudes Nacionalistas de México, octubre de 1939.

tumbraba tratar a los “Rojos”. Sobre este tema existe un excelente trabajo, de Peter Katel —periodista estadounidense y corresponsal de prensa y radio—, presentado en el coloquio “Trotsky, revelador político del México de Cárdenas” organizado por la FCPYS de la UNAM, en mayo de 1987.

Pero también fueron agresivos ciertos sectores de la alta política: en primer lugar Metcalfe, un periodista e investigador de la comisión madre del macartismo, es decir, la House Unamerican Activities Commission del Senado estadounidense encabezada por Martin Dies. Metcalfe aseguró haber obtenido de la organización nazi estadounidense la información de que Trotsky se encontraba junto con los “nazis rusos”, tras las “Camisas Doradas” de Nicolás Rodríguez en México.<sup>17</sup>

Poco después Trotsky tuvo que enfrentarse a dos senadores conservadores. El primero, Henry S. Allen, que logró colarse hasta el interior de su casa, difundió ampliamente, al volver a su país, que el presidente Cárdenas era el “nuevo dirigente comunista” “de corte marxista” del Estado “comunista trotskista” en el que México se había convertido y que Lombardo Toledano era ¡discípulo de Trotsky! El segundo senador, Robert Rice Reynolds, quien, a partir de un viaje a Alemania en 1938 se había vuelto franco simpatizante de Hitler, llegaba más o menos a la misma conclusión en las páginas del *New York Times*.<sup>18</sup>

Es pertinente preguntarse hasta qué punto eran estos personajes representativos de la opinión de ciertos medios dirigentes. Digamos solamente en esta ocasión que el propio Cordell Hull, jefe de la diplomacia estadounidense bajo Roosevelt, estaba también convencido del bolchevismo de Cárdenas; y digamos también que, a pesar de la declaración del propio Roosevelt, en 1938, en el sentido de que los trotskistas perseguidos necesitaban asilo y que Estados Unidos era una tierra de asilo para todos los perseguidos políticos y religiosos,<sup>19</sup> el hecho es que, para entonces, a Trotsky ya se le había negado el derecho de asilo en este país en dos ocasiones, 1934 y 1936. Es también un hecho que, en dos ocasiones más, Estados Unidos le negaría la visa. La

<sup>17</sup> *New York Times*, 6 de octubre de 1939

<sup>18</sup> *New York Times*, 28 de febrero de 1939

<sup>19</sup> Roosevelt afirmó esto el 25 de marzo de 1938 en un discurso en Chicago

primera vez a fines de 1939 cuando, como lo veremos más adelante, la "Comision Dies" lo invitó a declarar ante su tribunal; la segunda, cuando Natalia, una vez asesinado Trotsky, solicitó visa de tránsito para viajar acompañada por la caja que contenía las cenizas de su marido.

A pesar de su poder, las derechas diversas se mostraron bastante pasivas frente a un enemigo al que consideraban tan peligroso. Esto sólo puede explicarse por la virulencia que alcanzaría la mortífera guerra del Kremlin y de sus representantes locales contra Trotsky. Fue entre sus enemigos soviéticos donde ellas encontraron, en efecto, el instrumento *ad hoc* para combatir a Lev Davidovitch; los cuantiosos medios materiales y humanos puestos al servicio de la eliminación de Trotsky por el Kremlin les permitieron deshacerse de él con toda comodidad, sin haber invertido casi nada y por lo tanto con muy poco que perder.

En mi intervención dentro de la presentación del libro *Asesinato en Coyoacán*,<sup>20</sup> expuse ampliamente la compleja historia político-policíaca del asesinato de Trotsky. Intenté demostrar en ella que la preparación de dicho asesinato se inició desde el momento mismo en el que Cárdenas le acordó asilo en México.

Primero, porque desde ese mismo momento empezaron a llegar progresivamente a México un buen número de agentes, cuya pertenencia a la GPU era ya en ese entonces conocida o fue verificada posteriormente. La lista de sus nombres es larga: Roland Abbrite y Martignat, en 1937; George Mink y Georges Fournial, en 1938; David Alfaro Siqueiros y Vittorio Vidali, alias Carlos Contreras, en 1939; Enrique Martínez, Vittorio Codovilla, Caridad Mercader, Leonid Eitingon y Ramón Mercader del Río, alias Jacques Mornard o Frank Jason, en 1940.<sup>21</sup>

Segundo, porque desde antes incluso del anuncio oficial del asilo, el PCM por un lado, los lombardistas por el otro y, muy frecuentemente, ambos de manera conjunta, empezaron desde su prensa a influir en en la opinión pública

---

<sup>20</sup> El miércoles 22 de agosto, Olivia Gall presentó una ponencia titulada "Historia política del asesinato de Trotsky", como parte de la presentación del libro *Asesinato en Coyoacán*, editado por *El Nacional* en 1990.

<sup>21</sup> Información extraída de Pierre Broué *L'Assassinat de Trotsky*, Ed. Complexe, Bruselas, 1980.

en contra de la figura política de León Trotsky. En 1936-1937 lo llamaron “enemigo del frente popular”, “traidor a la Revolución rusa”, “enemigo del pueblo y del gobierno mexicano, listo para aliarse a la derecha con el objeto de derrocar el régimen cardenista”. En 1938 endurecieron sus calificativos, convirtiendo a Trotsky en “fascista”, “espía alemán”, “provocador”, “agente de la Gestapo”, “nazi”. Y a partir de septiembre de 1939, teniéndose que adaptar a como diera lugar a la firma del pacto germano-soviético, sin importar los bandazos y las piruetas políticas que esto implicaba, no abandonaron su chivo expiatorio de ayer, León Trotsky, sino que lo readapta a las circunstancias. Trotsky se convirtió así en “agente del imperialismo” “provocador de la guerra”, “espía yankee”, “agente de las compañías petroleras” y “aliado de Almazán y de Cedillo”.<sup>22</sup>

Tercero, porque a partir del anuncio del visado mexicano para Trotsky, el Kremlin y la Comintern se vieron obligados a ponerle más atención a la vida política mexicana y a decidir con cuáles instrumentos políticos actuarían en contra de Trotsky en su nueva tierra de exilio.

Por la forma en la que, desde 1937, El Kremlin y la Comintern manejaron sus vínculos y directivas tanto con Lombardo como con el PCM, todo parece indicar que le dieron a cada uno un papel específico que jugar en el asunto Trotsky: al PCM le impusieron que secundara totalmente a Lombardo en su política de construcción del Frente Popular; es decir, que se plegara a las consignas de “Unidad a toda costa” o “Unidos tras un solo candidato para derrotar a la reacción”. De esta manera lo anularon, como fuerza política revolucionaria, lo cual les permitió utilizarlo como brazo armado contra Trotsky, sin que ello tuviera consecuencias demasiado serias sobre el movimiento del Frente Popular en su conjunto.

Con Lombardo Toledano, la relación fue muy distinta. El poder de Lombardo dentro del movimiento obrero mexicano era considerable. También lo eran su capacidad de convocatoria, su prestigio y su sólido vínculo no sólo con el gobierno cardenista sino, más allá de él, con el Estado mexicano semicorporativo que entonces estaba naciendo.

<sup>22</sup> Información extraída básicamente de *El Popular*, *El Machete*, *La Voz de México*, *Futuro*, *Hoy*, *Excelsior*, *El Universal*, *El Nacional*, *La Prensa*; de diciembre de 1936 a septiembre de 1940.

De ahí que, contrariamente a lo ocurrido en otros países, haya sido Lombardo y no la sección filial de la IC quien se convirtiera en “el hombre político” de esta organización en México, en el representante de la política “frente populista” o de “bloque de las cuatro clases” de la Comintern en nuestro país.

En el asunto Trotsky, por lo tanto, a Lombardo no había que enlodarlo, no había que involucrarlo directamente con el asesinato; había que utilizar simplemente todos sus foros, que eran muchos e importantes, para acabar con el prestigio de Trotsky.

¿Cuáles eran estos foros? La Universidad Obrera; la UNAM; el magisterio; la CTM; la AFL-CIO con la que Lombardo mantenía vínculos muy fraternales; el Congreso Contra la Guerra y el Fascismo y el Congreso Sindical Panamericano, estos dos últimos organizados bajo su iniciativa y llevados a cabo en México en el otoño de 1938, con la asistencia de las más importantes figuras del sindicalismo internacional. De estos congresos surgió la Confederación de Trabajadores de América Latina, la CTAL, de la cual el propio Lombardo sería presidente.

En síntesis: con Lombardo como instrumento político, con el PCM como instrumento operativo y con la GPU como instrumento policiaco, el Kremlin fue montando, progresivamente desde diciembre de 1936, el andamiaje necesario para el asesinato de Trotsky.

Una vez creado el andamiaje, fue la derechización del curso político mundial lo que le dio a Stalin la oportunidad final para asesinar a Trotsky. Esta derechización se expresó, a nivel internacional, en el Pacto Germano-Soviético —el broche de oro con el que Stalin cerró su instrumentación de la política del “socialismo en un solo país”— y en el estallido de la guerra. A nivel nacional se expresó en la designación de Ávila Camacho y no de Múgica como sucesor en la presidencia, una designación que fue una de las consecuencias directas de la virulencia del boicot internacional que sufría México por su política de expropiaciones y nacionalizaciones.

De esta forma, el misterioso, silencioso y hábil Ramón Mercader del Río, agente especial de los servicios secretos soviéticos de nacionalidad catalana, asesinó a Trotsky, hace cincuenta años, en la misma casa en la que se llevan hoy a cabo estas jornadas.

## Trotsky opina sobre México

Trotsky pasó tres años y medio en este país al que trató de conocer y de entender, y lo logró, pero sólo hasta donde sus actividades políticas internacionales y su obligada defensa ante sus agresivos enemigos se lo permitieron.

Lev Davidovitch llegó a entender bastante bien la vida política nacional; no así, la cultura, el complejo modo de vida de este pueblo cuyas dos sangres, la indígena y la española, le siguen fluyendo en las venas, pero sin mezclarse. No es de extrañarse, ¿qué extranjero que viva en un país como éste durante 3 años y medio logra aprehender su cultura, sus mitos, sus supersticiones, sus creencias, sus músicas, sus jerigonzas, su sincretismo religioso? Creo que ninguno, y Trotsky a pesar de su inteligencia y sensibilidad no estaba precisamente en la posición más cómoda para lograrlo.

Hasta dónde entendió nuestra vida política, lo muestran sus escritos sobre México. Pocos, poco conocidos no sólo en su tiempo sino incluso hoy en día, estos escritos abordaron sin embargo nueve temas centrales del tapete de la discusión política nacional de aquellos años.

- 1) Una caracterización de la Revolución mexicana.
- 2) Una caracterización política del presidente Cárdenas y de su régimen.
- 3) Un esbozo de caracterización política de las relaciones entre Vicente Lombardo Toledano, el Partido Comunista Mexicano, el Estado mexicano y el Kremlin.
- 4) México frente a las potencias imperialistas en el momento de la expropiación petrolera.
- 5) La administración obrera de las empresas nacionalizadas.
- 6) La política correcta a seguir dentro del movimiento obrero.
- 7) El Segundo Plan Sexenal y, dentro de él, fundamentalmente la industrialización y la reforma agraria.
- 8) Las elecciones presidenciales de 1940 y
- 9) Las tareas a las que los revolucionarios debían abocarse.

Reconstruir y analizar con detalle la visión y las propuestas de Trotsky contenidas en estos nueve puntos requeriría de un artículo aparte. Hoy me

limitaré por lo tanto solamente a algunas citas textuales que me parecen fundamentales.

*a) Acerca de Cárdenas y del régimen cardenista*

La estancia de Trotsky en México añadió una nueva visión a su pensamiento; gracias a ella desarrolló una caracterización de los regímenes de los países “dominados por el imperialismo” como regímenes “bonapartistas *sui generis*”, es decir, como regímenes que gobiernan en países cuyas burguesías nacionales son débiles, pero que, por lo mismo, oscilan siempre entre el gran capital extranjero y un proletariado fuerte. Dicha oscilación, escribió Trotsky, los hace inclinarse ya sea hacia las masas ya hacia el imperialismo. Cuando se inclinan hacia las primeras, con el objeto de combatir el imperialismo, pueden adquirir características democráticas; pero cuando se inclinan hacia el otro lado, para combatir un empuje demasiado poderoso de las masas, adquieren el carácter de gobiernos fascistas, de dictaduras.

Trotsky situaba el régimen de Cárdenas dentro de este análisis, diciendo que éste se había inclinado en favor de las masas mexicanas porque había decidido enfrentar los embates del imperialismo. Pero Trotsky no se quedaba en este nivel del análisis. Tenía en muy alta estima tanto a Cárdenas como a su muy particular manera de enfrentar dichos embates. De ahí las siguientes opiniones:

El general Cárdenas ocupa un lugar entre aquellos hombres de Estado que han desempeñado una labor comparable a la de Washington, Jefferson, Abraham Lincoln y el general Grant.<sup>23</sup>

Uno tiene verdaderamente la impresión de que el único gobierno valiente y honesto de esta época es el gobierno de Cárdenas.<sup>24</sup>

Aun si Stalin se hace llamar comunista, en realidad desarrolla una política reaccionaria; el gobierno de México, que no es comunista, ni mucho menos, desarrolla una política progresista.<sup>25</sup>

<sup>23</sup> León Trotsky “Le Mexique et l’impérialisme britannique” junio de 1938, *Oeuvres*. Tomo 18, Institut León Trotsky, Paris

<sup>24</sup> León Trotsky, “Autour de l’enquête” (Carta a Alfred Rosmer), 12 de junio de 1938, *Oeuvres*. Tomo 18, *op.cit.*

<sup>25</sup> León Trotsky, “Lettre Ouverte au Sénateur Henry J. Allen”, 2 de diciembre de 1938, *Oeuvres*. Tomo 19, *op.cit.*

### b) *Acerca de los sindicatos mexicanos*

Situando su análisis de los sindicatos mexicanos dentro de un análisis global del sindicalismo de fines de los años treinta en los países capitalistas, Trotsky llegaba a una posición política que muy pocos sostenían en los años del Frente Popular Mexicano, y que, sólo hasta treinta y tantos años más tarde, se convertiría en la consigna central del movimiento obrero no controlado por el Estado.

La primera consigna para esta lucha —escribía— es: *independencia completa e incondicional de los sindicatos frente al Estado capitalista*. Esto significa una lucha cuyo objetivo es transformar a los sindicatos en los órganos de las grandes masas explotadas y no en los órganos de una aristocracia obrera. La segunda consigna es: *democracia sindical*. Esta segunda consigna surge directamente de la primera y presupone para su realización, la libertad completa de los sindicatos frente al Estado colonial o imperialista.<sup>26</sup>

### c) *Acerca de la reforma agraria propuesta por el Segundo Plan Sexenal*

Al publicarse el segundo Plan Sexenal, el programa de gobierno de Manuel Ávila Camacho para el periodo 1940-1946, Trotsky escribió algunas páginas en las que, de manera general, conminaba a sus autores a mostrar mucho más modestia; es decir, a no proclamar un programa no sólo demasiado radical en función de la tendencia política a la que ellos representaban, sino incluso demasiado radical en sí mismo, o, en otras palabras, peligroso para el país, aun en el caso hipotético de que éste estuviese regido por revolucionarios socialistas.

Dentro de sus cometarios a dicho programa, los más importantes son, sin duda, aquellos referentes a la reforma agraria. El plan planteaba no sólo que en los seis años del gobierno de Ávila Camacho se concluiría con la “reforma agraria”, sino también con la “colectivización de la tierra”. Trotsky respondió:

---

<sup>26</sup> León Trotsky, “Los sindicatos en la época del imperialismo”, en *Escritos Varios*, Ediciones de Cultura Obrera, México, 1973, pp.93-94.

reforma agraria significa “exactamente *revolución agrario-democrática*”<sup>27</sup>, y colectivización significa “el remplazo de la pequeña economía<sup>28</sup> rural por la gran economía”. Primero, decía Trotsky, es imposible realizar ambas en un periodo de seis años. La prueba más contundente de ello es el trágico ejemplo de la política agraria de Stalin. “No”, decía:

Es necesario concluir la *revolución democrática* dándoles a los campesinos la tierra, toda la tierra. Sobre esta tierra conquistada hay que concederles a estos últimos un plazo ilimitado para que reflexionen, comparen, experimenten los diferentes métodos de economía rural. Hay que brindarles ayuda técnica, pero no se les debe obligar a nada. En suma, hay que concluir con la obra de Emiliano Zapata, pero sin sobreponerle los métodos de José Stalin.<sup>29</sup>

Con estas últimas líneas Trotsky revela la claridad y la actitud crítica a la que había llegado su pensamiento en cuanto a los problemas campesinos. El también venía de un país de *mujics* a quienes Stalin, por su política de “colectivización forzosa”, estaba asesinando por millones.

Muy pocos mexicanos conocieron estas ideas del pensador ruso exiliado acerca de su país. Muy pocos mexicanos las conocen hoy, a cincuenta años de la desaparición de su autor.

En la importante discusión internacional de hoy acerca de la vigencia del pensamiento político de León Trotsky, estas ideas deben tomar su lugar. Cada quien de acuerdo con su visión actual del mundo, decidirá acerca de su nula, total o parcial pertinencia.

## México ante el asesinato

Tras la muerte de León Trotsky, ocurrida el 21 de agosto de 1940 en un hospital de esta capital, México reaccionó de diversas maneras.

---

<sup>27</sup> León Trotsky, “Quelques notes hâtives sur les BASES GENERALES PARA EL SEGUNDO PLAN SEXENAL”, 14 de marzo de 1939, *Oeuvres*. Tomo 20, *op.cit.*, p.259

<sup>28</sup> *Loc. cit.*

<sup>29</sup> *Loc. cit.*

Lombardistas y comunistas se lavaron las manos y condenaron el terrorismo como método de acción política.

Tras el comunicado correspondiente de la CTM, Antonio Pujol, participante en el atentado del 24 de mayo, aparentemente asqueado por lo sucio y deshonesto de la guerra stalinista contra Trotsky, envió el siguiente telegrama:

*“ESTILO GANGSTERS DE CHICAGO [LOS VICTIMARIOS] CONDENAN CRÍMENES Y ENVÍAN CORONAS DE CONDOLENCIAS DEUDOS VÍCTIMAS”*<sup>30</sup>

El 29 de agosto, Lázaro Cárdenas dirigió un “mensaje a los trabajadores sobre el asesinato de Trotsky” En él declaró:

El Partido Comunista [...] ha gozado bajo nuestro gobierno de la libertad y del respeto [...] [Pero hoy] se han aliado con un poder extranjero que representa una agresión a la soberanía del país, al organizar asaltos a mano armada, unidos a elementos mexicanos y extranjeros y al cometer atentados que deshonran a la civilización [...] estos elementos [del PCM] han cometido el delito de traición a la patria, han prostituido sus doctrinas de redención y de progreso proletario, han herido a su país [...] y de esa manera han cometido un crimen que la historia censurará”<sup>31</sup>

El *piolet* asesino se volteó así, si no contra la vida, sí contra la salud del PCM, que tardaría mucho en reponerse de esta herida. Lombardo, en cambio, salió ileso.

Sin embargo, si bien la GPU había logrado su misión, la reconstrucción de los hechos muestra que el pueblo mexicano, los hombres y mujeres de las calles, los pueblos y rancherías estaban lejos del stalinismo, lejos del PCM y de Lombardo, de su prensa y de su guerra sucia contra Trotsky.

<sup>30</sup> Gral. Sánchez Salazar y Julian Gorkin, *Ainsi fut assassiné Trotsky*, Paris, Self 1948, p. 124, núm. 1.

<sup>31</sup> Ver Lázaro Cárdenas, *Mensajes, discursos, declaraciones y otros documentos*. Siglo XXI, México, 1978, pp. 440-441.

Según algunos diarios de circulación nacional, el cortejo fúnebre de Lev Davidovitch reunió entre doscientas y trescientas mil personas, muchas de ellas sombrero en mano, en el centro de la capital mexicana.

Hace no muchos años alguien sugirió que se trataba de los sinarquistas que iban a despedir a su aliado. Con su acostumbrada ironía, Trotsky le habría contestado a esta persona: “¡Pero por favor: los sinarquistas eran extremistas de derecha, no adolescentes!”

No, esas mujeres y hombres eran simplemente eso: mujeres y hombres para quienes el nombre León Trotsky significaba Revolución de Octubre, así como el nombre Emiliano Zapata significaba Revolución Mexicana. En 1940 —no lo olvidemos— si algo no eran las grandes masas mexicanas era comunistas ni lombardistas; evidentemente que tampoco eran trotskistas. En su mayor parte las grandes mayorías en este país eran cardenistas y en el asunto Trotsky, Lázaro Cárdenas, una vez más, había entendido su sentir, al recibir al general en jefe del Ejército Rojo con un “está usted en su casa”. Ellas, a su vez, le respondían a su presidente con la misma moneda: saliendo a las calles a darle el pésame no sólo por el asesinato de su ilustre huésped, sino porque dicho asesinato había sido perpetrado por manos extranjeras.

Para el historiador, el visado, la estancia y el asesinato de Trotsky en México resultan ser un puesto de observación privilegiado sobre los accidentados y anchos valles de la política internacional y mexicana de la época.

Revela la tragedia de la guerra suicida y asesina en la que se enfrascaron los socialistas de todos los colores y gamas en nombre de la ideología, de sus ídolos todopoderosos y de sus demonios. Una tragedia que tiene sobre todo un nombre: José Stalin. Revela el grado de deshumanización, el grado de criminalidad, el grado de descomposición a los que esa desafortunada guerra entre revolucionarios permitió llegar a las diversas derechas, tanto las llamadas democráticas como las fascistas. Finalmente revela el desprecio, la soledad, el aislamiento, el olvido, la cárcel, el martirio y la muerte a los que fueron orillados los seres humanos lúcidos, humanos y humanistas.

Entre ellos estaban sin duda Lázaro Cárdenas y Francisco Múgica, y entre ellos estuvo, de manera destacada, Lev Davidovitch Bronstein: León Trotsky.